

**ANA LENA**  
RIVERA

*LO QUE*  
**CALLAN**  
*LOS*  
**MUERTOS**



MAEVA | NOIR

El día 21 de noviembre de 2017 en el Palacio Provincial de A Coruña, se reúne el jurado del XXIX Premio de Narrativa Torrente Ballester en lengua castellana, presidido por María Goretti Sanmartín Rei, vicepresidenta de la Diputación de A Coruña y diputada presidenta de la Comisión de Cultura y Normalización Lingüística, y compuesto por los siguientes vocales: Xuan Bello Fernández, June Fernández Casete, Vicente Luis Mora Suárez-Varela, Ramón Rozas Domínguez y Belén Gopegui Durán. Actúa como secretaria del jurado Mercedes Fernández-Albalat Ruiz, jefa del Servicio de Acción Social, Cultura y Deportes, y está presente Marcos Sánchez González, coordinador del Premio Torrente Ballester.

El jurado acordó otorgar el premio *ex aequo* a las obras:  
*Lo que callan los muertos*, de Ana Lena Rivera Muñiz y  
*El ángulo de la Bruma*, de Fátima Martín Rodríguez.

# 1

—¿Gracia San Sebastián? —preguntó una voz masculina de suave acento extranjero.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Azim Martínez, del consulado español en Egipto.

—Dígame —respondí con el corazón latiendo más deprisa.

Mi madre llevaba cinco días recorriendo Egipto de vacaciones con unas amigas que, como ella, habían superado la edad de jubilarse. Dada la situación en la zona, mi hermana y yo no la habíamos animado a hacer el viaje, pero ella se había empeñado en ir. «Si no voy ahora —nos dijo muy seria—, es posible que no pueda ir nunca y yo no quiero morirme sin ver las pirámides. Papá murió sin conocerlas y a mí no me va a pasar lo mismo.»

—Se trata de su madre. Ha tenido un accidente. —La voz de mi interlocutor me devolvió al presente.

—¿Cómo está?

—Está herida, consciente y estable. La han ingresado en el Centro Médico Internacional de El Cairo. Para obtener más detalles le voy a facilitar el contacto de los doctores que la atienden. No hablan español. A su madre le hemos asignado un intérprete que está con ella en todo momento. El equipo médico habla inglés y francés. ¿Necesita que la ayudemos con el idioma?

No era necesario. Jorge y yo acabábamos de volver a España después de vivir diez años en Estados Unidos.

Mi madre era una mezcla entre Phileas Fogg y señora de provincias anticuada. Tan pronto bajaba en abrigo de piel y tacones a comprar al Mercadona como se apuntaba a cualquier aventura que le resultara emocionante. Su único miedo era que le sucediera algo malo a nuestra familia. Según ella, llega una edad en la que no se teme nada más.

Avisé a mi hermana, Bárbara, y conseguimos hablar con uno de los cirujanos en cuanto ella se identificó como cardióloga. Entre médicos, la conversación fue muy fácil: mi madre estaba en observación por si tenía conmoción cerebral y había que ponerle una prótesis en el hombro antes de trasladarla a España. Estaba en un buen hospital y no era una operación de riesgo, salvo por los setenta y dos veranos que su hombro llevaba en este mundo.

En cuanto colgamos, sonó mi teléfono. Número desconocido.

—¿Gracia? ¿Gracia? ¿Eres tú? Soy Marita. No nos funcionan los móviles aquí —oí decir a voz en grito a una de las compañeras de viaje de mi madre, llorosa y asustada.

—Marita, ¿qué ha ocurrido? ¿Estáis con mi madre?

—Estamos en un hospital de El Cairo, te llamo desde el teléfono de la recepción. Adela está en observación y no nos dejan verla. Es un hospital buenísimo, pero no entendemos a nadie. Aquí no hablan español. A ella le han puesto un traductor. Encantadores los del consulado. ¡Y qué lujo hay en este hospital! Parece de película. ¡Qué disgusto, Gracia, qué disgusto!

—¿Vosotras estáis todas bien?

—Sí, nosotras sí. Yo no me subí a semejante cacharro, me daba miedo. Regina sí, pero cada una iba en el suyo, solo derripó tu madre. Más de cuatro metros dando tumbos, Gracia, cuatro metros.

—¿Cacharro? ¿Qué cacharro? ¿Qué es lo que ha pasado? —la interrogué, dándome cuenta de que no habíamos preguntado

cómo había ocurrido el accidente. Había supuesto que había sido en el autobús que las llevaba de un lado al otro del país.

—El *quad* ese del demonio, que ya les dije yo que no lo veía seguro. A mí no me dejaban subir sola porque no tengo carnet de conducir. Y tu madre, Gracia, dice que sí que lo tiene, pero ¿de qué le sirve? No lo ha usado en cuarenta años.

—¿Un *quad*? ¿Se ha subido a un *quad* en Egipto?

—Es que era una excursión opcional del circuito y como hacía tanto calor en El Cairo y ya habíamos ido al *kanakili* ese, el mercado, y nos habíamos gastado mucho dinero...

—Marita empezó a darme unas explicaciones que yo no quería oír.

—¿Vosotras no ibais a ver pirámides y a relajaros en un idílico crucero por el Nilo? ¿A quién se le ocurre subirse a un *quad*? Parecéis niñas. —Me salió una regañina tan absurda como improductiva—. ¿Cómo está?

—Dicen que tiene el hombro muy mal y que la van a operar aquí. Ay, Gracia, ¡tan lejos! El hospital es muy lujoso, muy bonito, todo de mármol. Y los médicos, encantadores. No les entendemos, pero son muy amables —insistió nerviosa Marita.

Un año después, martes a mediodía, recordaba aquel susto mientras intentaba concentrarme en el nuevo caso de fraude que la Seguridad Social me había encargado investigar. Me estaba preguntando por el secreto de la larga vida y la asombrosa agilidad mental y tecnológica de don Marcelo Pravia, ciento doce años según su fecha de nacimiento y pensión de jubilación domiciliada en ING desde los noventa y nueve, cuando sonó mi móvil. Era mi madre. Segunda llamada de la mañana. A veces se le olvidaba que ya me había llamado, así que había puesto el teléfono en silencio. En mi vida anterior, mi madre nunca me llamaba durante mi horario laboral, bastante más extenso. En cambio, en mi nueva

ocupación, no me tomaba tan en serio. Teníamos un código: si era algo relativo a su salud, dejaba un mensaje en el buzón y yo la llamaba en menos de cinco minutos. Solo si era por salud o si se quemaba la casa. Por nada más. Si hubiera cogido el móvil cada vez que alguien me llamaba «para charlar» no habría resuelto un solo expediente.

Después de descubrir que don Marcelo no solo parecía tener los ciento doce años cumplidos y haberse sumado a la banca por internet cuando estaba cerca de los cien, sino que no había sido atendido por ningún médico de la sanidad pública en los últimos treinta y cuatro, entendí por qué me habían traspasado el caso. No había estado en ningún centro hospitalario, ni siquiera había ido a consulta con el médico de cabecera o a un rutinario análisis de sangre. El primer anciano al que la seguridad social española no le había extendido una receta en más de tres décadas. Todo indicaba que algún hijo o familiar aprovechado llevaba unos cuantos años cobrando una pensión de jubilación de forma fraudulenta. O iba a darle un buen disgusto al estafador o le iba a conseguir a don Marcelo una página entera de reconocimiento en el periódico local. Fuera lo que fuera, y la lógica decía que sería lo primero, resultaba un caso curioso.

Cuando revisé el móvil ya había oscurecido y tenía cuatro llamadas perdidas de mi madre, dos de mi hermana y varios *whatsapps* que me dejaron confundida.

«¿Ya has hablado con mamá? Qué fuerte lo de la Impugnada, el pobre Evaristo tiene un ataque de nervios.» Este era el primero de mi hermana.

«Nena, por favor, llámame. Yo estoy bien y no se ha quemado la casa, pero tengo algo muy gordo que contarte.» Mi madre.

«Nena, voy a acompañar a Evaristo a su apartamento, que está el hombre muy nervioso y el caldo y la tila no lo han calmado mucho. Me llevo el móvil por si me llamas.» Otra vez mi madre.

«Gracia, llama a mamá. La Impugnada se ha tirado por la ventana del patio.» Mi hermana ampliando detalles.

«Evaristo está en *shock*. Mamá lo está atiborrando de caldo de pollo. Le he sugerido un copazo, pero mamá no ha querido darle el Carlos III de papá porque dice que debe de estar caducado. Le he dicho que el coñac no caduca, aunque yo creo que lo que pasa es que no quiere abrir la botella. *Emoticonos guiñando el ojo*. A lo mejor lo que necesita Evaristo son unos zapatos fucsias. *Emoticonos sonriendo*.» Esta era mi hermana yéndose por las ramas.

Y así seguí la lista hasta los más recientes:

«¿Estás currando o te has cogido la tarde libre y estás en pleno arrebató pasional?» Mi hermana, impaciente, poniéndose sarcástica.

«Nena, cielo, ¿estás bien? Me empiezo a preocupar.» Mi madre poniéndose madre.

Con la información que me habían dado no era capaz de hilar la historia de forma consistente: la Impugnada era como llamaban en el edificio donde vivía mi madre a una vecina que usaba el verbo impugnar para todo aquello con lo que no estaba de acuerdo. «Eso lo impugno yo» era su frase preferida. Nunca supimos quién empezó a llamarla así, pero terminó siendo conocida con ese mote por todos los vecinos. Por lo demás, era una señora muy cabal, seria, tozuda e inteligente y el sustento económico y emocional de una familia compuesta por una hermana, Carmina, una señora encantadora, medio ida, que no valía para nada, y un sobrino, Ernesto, huérfano y cuarentón largo, que no había pegado un palo al agua en su vida. La Impugnada había sido maestra en uno de los colegios del centro de la ciudad y había llegado a ser la jefa de estudios. También decían las vecinas y Evaristo, el portero del edificio, que Carmina y la Impugnada tenían un hermano soltero, vividor, muy guapo y encantador, que cada cierto tiempo las visitaba para

pedirles dinero. Las hermanas, quizá por esas cosas que suceden en las familias que nadie de fuera alcanza a entender, solían dársele. Yo no lo conocía.

La Impugnada, algunos años más joven que mi madre, fue su guía en el mundo moderno tras la muerte de mi padre. De su mano aprendió a utilizar WhatsApp, se hizo amiga nuestra y de medio mundo en Facebook y se convirtió en usuaria diaria de las páginas de *sabervivir.es* y *hola.com*. Incluso comenzó a seguir a la casa real en Twitter.

Evaristo era el portero de la comunidad y vivía en una de las buhardillas, propiedad común de los vecinos. En teoría, la compartía con su mujer, aunque ella, desde hacía muchos años, siempre estaba en «el pueblo». En la práctica, Evaristo vivía solo con su perrita Lima, una caniche blanca y esponjosa a la que cada sábado acicalaba con mimo en la peluquería canina. Llevaba más de cuarenta años trabajando en la finca. Se rumoreaba que le gustaba ponerse altísimos zapatos de tacón de charol fucsia, aunque no había pruebas de tal cosa.

Incluso siendo conocedora de todo aquello, los *whatsapps* de mi madre y de mi hermana seguían siendo muy desconcertantes. Me hubiera gustado que mi hermana me hiciera un resumen previo, pero ya estaría en el hospital. Durante su jornada laboral Bárbara no vivía para otra cosa. Y al llegar a casa tampoco porque se dedicaba a su blog sobre bienestar mental como medio de prevención de la enfermedad cardíaca y a su grupo de trabajo sobre un prototipo de chip preventivo de los problemas cardiovasculares que querían presentar al premio anual de la sociedad médica. Era un aparatito subcutáneo que se implantaba en el paciente de riesgo y detectaba cuándo se iba a producir un fallo en el sistema cardiovascular. Aunque sonaba a ciencia ficción, ya lo tenían listo para probar en pacientes reales. Siempre había pensado que, con el tiempo, mi hermana recibiría el Nobel de Medicina. Rubia, gracias a la rama celta de la familia, resultaba atractiva las contadas veces que se molestaba en arreglarse o, al



menos, en quitarse las gafas y soltar la sempiterna coleta que recogía un pelo liso que no siempre llevaba limpio. Su única afición conocida era el fútbol. Era hinchada apasionada del Racing de Santander desde que, con trece años, un jovenísimo cántabro le había dado su primer beso en unas vacaciones de verano. Cada vez que había partido se transformaba. Lástima que perdieran tanto. No ganaba para disgustos.

Mientras reflexionaba sobre los mensajes que me habían enviado, sonó mi móvil.

—Hola, mamá, ¿qué...?

—Nena, ¡menos mal! —me interrumpió—. ¡Qué preocupada me tenías! ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Estaba trabajando y puse el móvil en silencio.

—No entiendo para qué dejaste el trabajo tan bueno que tenías en el banco americano ese en el que estabas. Querías llevar otra vida, pero ahora trabajas lo mismo, ganas mucho menos y nadie sabe a qué te dedicas. Antes tampoco estaba muy claro, pero ganabas mucho dinero y salías en los periódicos hablando de cosas muy complicadas, como la gente importante y...

—¡Mamá! ¿Quieres dejar mi vida en paz y contarme qué sucede?

—¡Ay, nena! Sofía, la del sexto, que se tiró al patio y no lo entiendo, no me lo puedo creer. —Oí sus sollozos al otro lado del teléfono. Mi madre estaba afectada y yo confusa.

—¿Quién es Sofía? ¿No fue la Impugnada la que se tiró?

—Claro, Sofía es la Impugnada —aclaró mi madre.

—No sabía que se llamaba Sofía.

—¿Cómo pensabas que se llamaba? Parece mentira que no sepas cómo se llama una vecina de toda la vida.

—Nunca la habéis llamado por su nombre. ¿Por qué ya no la llamas la Impugnada?

—Hija, no sé, como está muerta, me da no sé qué —lloriqueó mi madre.

—Mamá, nos estamos desviando del tema, ¿qué ha pasado?

—Que la encontró Evaristo y no sabes cómo le impresionó al pobre hombre. Estaba blanco como la harina, como si se fuera a desmayar. La policía vino muy rápido, pero el forense y el juez tardaron casi tres horas. A Evaristo no le dejaban irse hasta que no levantaran el cadáver, así que nos quedamos también las vecinas porque no íbamos a dejarle allí solo con el cuerpo de Sofía y la policía. Pero lo peor fue cuando llegó Carmina, que...

—Mamá, cuéntamelo ordenado, que no te sigo. Entonces, la Impugnada se tiró al patio, ¿se suicidó? Se me hace rarísimo en esa señora. Y la encontró Evaristo.

—Claro, el pobre hombre salió a limpiar el patio como todas las mañanas. Lo raro es que nadie oyó el golpe y, desde un sexto piso, tuvo que hacer mucho ruido. Yo había salido a la frutería a comprar unos tomates, que iba a hacer una ensalada campera porque venía a comer tu hermana, cuando me di cuenta de que no tenía tomates porque los que había en la nevera se habían puesto blandos y los usé ayer para hacer salsa, así que bajé a la frutería y me encontré con Mari Luz, la madre de Lucía, ¿te acuerdas? Que iba al mismo colegio que tú, pero no a tu curso porque es dos años más pequeña, y nos fuimos a tomar un café, así que no me pilló en casa. Ni a mí ni a ninguna vecina. Fue sobre las doce de la mañana. ¿No te parece una hora muy peculiar para suicidarse?

—No sé, no sabría decirte —respondí abrumada por el volumen de información—. ¿A qué te refieres con «peculiar»?

—Bueno, hija, es la hora o de hacer la compra o de preparar la comida. Parece que una decisión tan terrible es más propia de una mala noche. En la cama, a solas y en silencio, es más difícil luchar contra la tristeza. Yo me acuerdo mucho de tu padre cuando me acuesto. La cama me parece muy grande y le echo mucho de menos. A las doce del mediodía, con tanta luz, lo veo extraño. —Lógica aplastante de mi madre.

—Si algún día me suicido, prometo tenerlo en cuenta.

—Nena, no digas tonterías, ¿eh? Que luego empiezo a pensar en ello y no puedo dormir. Bueno, todas supusimos que había sido un accidente, que había salido a limpiar los cristales o la persiana por fuera y había trastabillado, pero dicen que no, que se suicidó, porque se prendió un cartel en la falda con unos imperdibles que ponía: «Evaristo, tápame rápido para que mi hermana no me vea muerta». Ya sabes cómo era ella de organizada; siempre lo tenía todo planificado. Sofía era el alma de esa familia. No sé qué van a hacer sin ella, porque Carmina y Ernesto no son malos, pero son un par de inútiles que vivían al amparo de Sofía.

—¿A quién te refieres con todas? ¿Quiénes estabais allí?

—Pues Lupe la del tercero, Concha la del quinto, Julia la de la peluquería, Mara, la nueva del sexto D, donde vivían Juan y Cristina antes de jubilarse e irse al pueblo, esos que eran profesores los dos...

—Vale, vale, ya me hago una idea. Sigue.

—¿Te puedes creer que los policías no nos dejaron tapparla hasta que no lo autorizara el forense? Así que llegó Carmina, la hermana, y la vio allí tirada. No veas cómo se puso. ¡La pobre! Menos mal que antes había llegado el sobrino, Ernesto. Me dio lástima. Se quedó pálido, lloroso. El golpe es doble porque a ver cómo viven ellos dos ahora, aunque yo creo que en ese momento Ernesto no estaba pensando en eso. Se le veía muy triste.

—¿Qué ocurrió después?

—Llegó Carmina y se puso a gritar, fuera de sí. Parecía que se iba a volver loca. O más loca de lo que ya está. Los pobres policías, que eran jovencísimos, por cierto, altos y guapos, muy guapos, no eran capaces de tranquilizarla. Y el sobrino, muy cariñoso, estaba intentando apaciguarla, pero no lo conseguía, así que Laia, la vecina del sexto del otro patio, la catalana, subió a su casa y bajó una caja de Orfidales, que le había dado el médico porque desde el divorcio del hijo no

duerme nada. ¿Te conté que la nieta no era su nieta? Vaya largata la nuera, que ahora que la niña tiene cinco años, se lo dice y se larga con el padre de la criatura. Para colmo, el hijo de Laia está obligado a pagarle una pensión porque ¿sabías tú que una vez que el niño cumple un año tienes que pagar pensión, aunque te hagas las pruebas del ADN esas y no seas el padre?

—Sí. Lo de la ley lo sabía. Y no, no me habías contado nada de la nieta de Laia.

—¡No me digas que te parece justa esa ley!

—Se protege el interés del niño. ¿Qué más da eso ahora? Luego me cuentas lo del hijo de Laia. Sigue con lo de la Impugnada. Estabas con que Laia había ido a por los Orfidales —respondí mientras intentaba ordenar las ideas.

—¡Ah, sí! Al final conseguimos que Carmina tomara dos pastillas, aunque no sirvieron de nada. Ella lo único que quería era ir a abrazar a su hermana, pero los policías guapos no la dejaron acercarse porque lo llamaron ¡el escenario del crimen! ¿Qué crimen, Gracia? ¿Quién va a matar a Sofía? No me digas que no es inhumano. Imagínate cómo se sentiría Carmina viendo a la hermana allí tirada. Sofía estaba boca arriba, ¿no es raro? No sé cómo se cayó así, parece difícil tirarse de espaldas. Ah, y escucha lo más increíble ¿te parece normal que alguien se caiga desde un sexto piso y no derrame ni una gota de sangre? Era como un decorado de una obra de teatro, boca arriba, con los ojos abiertos y las piernas tan dobladas que parecían de goma. Se había vestido y maquillado. Estaba muy guapa. No se tiró con la ropa de estar en casa. Parece que lo tenía bien pensado. Con lo de misa que era esta mujer. No iba todos los días como la hermana, pero los domingos no faltaba nunca, ni a la del gallo ni a las vigiliass de Semana Santa. No sé, hija, que no lo entiendo, ¿tú crees que se volvió loca? Una mujer tan cabal, tan seria, tan moderna y ¡tan lista! Si no es por ella, yo no sabría ni siquiera buscar en la agenda del móvil y mucho menos usar internet. Era muy buena y muy eficiente. Solo pensar lo bien que se

portaba con el sobrino y con el hermano tarambana, que no hacían más que darle sablazos, ya da una idea de lo buena que era. Yo te juro, hija, que no puedo entender lo que le pasó por la cabeza para querer matarse.

—Es difícil comprenderlo. Es la última persona de tu comunidad que habría imaginado suicidándose. Tienes razón que le pega mucho más a la hermana. ¿Además del papel pegado a la falda no dejó nada?

—Pues no sé si dejaría algo en casa porque Ernesto, el sobrino, llamó al médico para que atendiera a Carmina y, en cuanto llegó, le inyectó un sedante allí mismo en el patio y consiguieron subirla a casa. Ya no les he vuelto a ver. A Sofía la llevaron al Anatómico Forense para hacerle la autopsia. Me dijo Mari, la del cuarto derecha, que hasta dentro de veinticuatro horas no tendrán ningún resultado. Hasta mañana, como pronto, no estará en el tanatorio. Vinieron periodistas, pero la policía no les dejó hacer fotos, ¡menos mal! No sabes bien lo guapos que eran los policías.

—Vale, mamá, ya me lo has dicho, al menos te alegraste la vista.

—No digas tonterías. Yo lo decía por vosotras. Por ti no, por tu hermana, que tú ya estás casada. Aunque yo preferiría que no se casara con un policía porque es un trabajo muy peligroso y dicen que cobran muy poco. ¿Cómo pueden cobrar poco estos chavales si se juegan la vida todos los días? También te digo que me vale con cualquiera que sea bueno, formal, cariñoso y que me dé nietos. Gracia, hija, necesitamos superar lo que le ha ocurrido a esta familia —dijo con un sollozo.

Mi madre aprovechaba para sacar el único tema del que yo no podía hablar. Todavía no era capaz de asumir en voz alta la muerte de Martín. Era como admitir que jamás volvería a ver a mi niño. No estaba preparada. Aunque habían pasado más de dos años, aún esperaba despertarme un día y que todo hubiera sido una horrible pesadilla.

—¿Te acuerdas de cuando se suicidó la abuela de Héctor, el amigo de Bárbara? —continué la conversación, ignorando a mi madre y tapando con palabras mis sentimientos—. Nos sobrecogió a todos, pero como aquella mujer llevaba tantos años con depresión y altibajos, no le extrañó a nadie. La Impugnada, en cambio, no me cuadra en ese perfil. Parecía estar bien, con la situación bajo control. Tenía la responsabilidad de cuidar de Carmina, del sobrino, incluso del hermano. Decía alguien que «nadie se suicida en tiempos de guerra». La abuela de Héctor estaba sola, no tenía nada por lo que luchar, pero ¿la Impugnada? Es difícil conocer bien a las personas. ¿Tú estás bien? ¿Quieres que vaya a verte un rato?

—Estoy bien, hija, no te preocupes. No hace falta que vengas. Me voy a la timba con Charo y Regina y ahí ya me despejo un poco.

La timba era como llamábamos a las reuniones de mi madre con sus amigas, todas viudas, que jugaban unos días al parchís, otros al chinchón y otros al cinquillo. A veces, cuando eran cuatro, jugaban al tute y apostaban con una bolsa de pesetas de las que llevaban la cara de Franco. Algún día esa bolsa valdría mucho dinero en un mercadillo de numismática.

Después de hablar con mi madre me sentí inquieta. No por la muerte de la Impugnada. Lo sentía por ella, pero solo era una vecina más del edificio en el que crecí. Ni siquiera me había resultado simpática hasta hacía unos años, que le agradecí mucho cómo se portó con mi madre. Se hicieron amigas cuando mi padre murió y mi madre se quedó sola. Por aquella época, yo vivía en Nueva York y Bárbara estaba de becaria en un proyecto de investigación en Londres. Lo que me inquietaba era descifrar cuál era el proceso mental de una persona, en apariencia equilibrada, de moral conservadora, con una familia peculiar, pero bien avenida, para terminar con su vida de una forma tan impactante.

No tenía una firme opinión sobre el suicidio más allá de la libertad de cada uno para decidir su destino, pero el afán por

entender me llevó a intentar empatizar con alguien que sufriera un dolor tan insoportable que no le compensara aguantar, por maravilloso que fuera lo que pudiera traerle la vida en el futuro. Por desgracia, mis recuerdos me ayudaron a experimentarlo con intensidad. Me dejé llevar por mis infiernos, de los que cada día seguía esforzándome por huir. Podía sentir la atracción por la liberación que me ofrecía el vacío infinito, pero arrojarme a él requería un agotamiento y una desesperación de los que yo carecía. Cuando a esta escena le ponía la cara de la Impugnada saltando por la ventana en busca de la muerte, la hipótesis de que hubiera sido un acto consciente y voluntario se me antojaba inverosímil.

Sofía, la Impugnada, era muy recta en el cumplimiento de los convencionalismos sociales y de firmes convicciones religiosas. No era una mujer rebelde, inadaptada o de pensamiento creativo, sino más bien de las que pensaba que la depresión se curaba teniendo algo que hacer. Era inteligente y estaba puesta al día en los avances del mundo, pero también era muy tradicional, como cualquier señora mayor de educación clásica y católica.

Sentí mucha curiosidad por conocer el informe de la autopsia. Vería si Bárbara podía hacer un par de llamadas al Anatómico Forense y conseguir alguna información de sus colegas. Uno de sus amigos de la universidad trabajaba allí.

Esa noche soñé con Evaristo, con su mono azul de portero, encaramado en unos tacones imposibles de charol rosa fucsia, y haciendo un estriptis para Ernesto, el sobrino de la Impugnada.

Me desperté agitada con esa imagen volviendo a mi pensamiento una y otra vez.

## 2

**E**ran las diez de la mañana cuando llamé al timbre de la dirección oficial de don Marcelo. Me encontraba frente a un portalón de la zona antigua de la ciudad, que olía a mohó y a meados de la noche anterior. Aquella casa de porte señorial, que tendría unos doscientos años, estaba en el centro de la movida nocturna. La mayoría de los palacetes de la zona acogían garitos como La Santa Sebe, el BB+, el BarVeider o el Nottingham Prisa. Calles adoquinadas, peatonales y con escasos vecinos, eran el lugar perfecto para hacer las delicias de la gente joven. La zona recibía turistas durante el día, que fotografiaban los antiguos palacios y las casas más humildes en perfecto estado de conservación —era el precio que ponía el ayuntamiento a los comerciantes de la zona por permitir la transformación del casco antiguo en centro de suministro alcohólico local— y, en cuanto atardecía, se distribuían por los callejones los adolescentes y los veinteañeros universitarios. En las horas de la madrugada, las calles un poco menos bulliciosas, pegadas a la zona de restaurantes, eran para los que ya no cumplíamos los treinta.

La casa de don Marcelo era sencilla, austera, de las pocas que quedaban sin modernizar y sin escudo familiar, pero distinguida. Estaba en la zona de marcha quinceañera y destacaba como una pieza fuera de lugar entre el M-AsturBar y La Tapilla Sixtina. Este último estaba abierto.



La Tapilla Sixtina era un bar antiguo, de los que durante la segunda mitad del siglo xx servían chatos a los vecinos del barrio. Reconvertido para adaptarse a las circunstancias, proporcionaba alcohol barato y nutrición nocturna a los chavales más jóvenes y, durante el día era el único proveedor de tapas y raciones de la calle.

Cuando entré, había una pareja de ingleses sentados en la barra. Ya entrados en la cincuentena, con bermudas, chubasquero, zapatillas de deporte y calcetines altos, estudiaban un mapa de la ciudad mientras devoraban un plato de pinchos variados. ¡Qué buena pinta tenía el de tortilla! Con el paso del tiempo, mi cuerpo había moldeado unas caderas que habrían hecho las delicias de los hombres en los años cincuenta. Desistí de calcular las calorías. El olor que salía de la cocina era demasiado delicioso para no doblegar mi voluntad. Me encontré tomando una Coca Cola Zero y un generoso pincho caliente de tortilla de patata, crujiente por fuera y jugosa por dentro.

Una vez engullido mi pecado mañanero puse mi mejor sonrisa y le pregunté al camarero, de escasos veinte años:

—¿Me podrías ayudar? Necesito hablar con el vecino de al lado y he estado llamando, pero no responde nadie. El portón está muy cerrado, no sé si me habré equivocado de dirección. ¿Sabes si vive alguien? Porque esta es la calle Mon, ¿verdad? —Fingí dudar.

—Es la calle Mon sí, pero no puedo ayudarte. Yo no conozco la zona, no soy del barrio, solo vengo a currar y me piro. Si quieres, se lo pregunto al jefe—me respondió y desapareció por una puerta detrás de la barra.

Un señor de unos cincuenta años, con calva incipiente y cara de malas pulgas, salió tras la puerta por la que había desaparecido el camarero.

—¿Es usted la que pregunta por la casa de al lado? —me espetó con evidente mala leche.

—Sí. Muchas gracias por salir a atenderme.

—¿Por qué quiere saberlo? —me interrumpió mientras me miraba con sus desagradables ojos de rata.

«Vaya —pensé—, esto no empieza bien.»

Mi sonrisa, que pretendía ser encantadora, no había tenido mucho éxito a la vista del resultado.

—Venía a hacer un encargo y me han dado esta dirección, pero he llamado y no había nadie. No sé si me he equivocado porque está muy cerrado, como si no se abriera desde hace tiempo, y se me ha ocurrido preguntar aquí. —Otra sonrisa amable de regalo que tuvo el mismo efecto que la primera. Ninguno.

—¿Qué clase de encargo? —Ni una palabra de más pensaba decir aquel señor que cada vez me caía peor.

—Soy agente inmobiliario —improvisé—, experta en locales comerciales. Estoy buscando un edificio de este estilo para abrir un centro de actividades juveniles. Me dieron la referencia de esta casa. Sería un local perfecto. La zona ya está muy frecuentada por jóvenes y el centro ampliaría la oferta de ocio saludable —solté mi falso cebo. Más clientes, más tiempo en la zona, más negocio para él.

Por un momento dudó. Me pareció ver brillar sus ojos al fulgor del potencial dinero mientras oía mis explicaciones. Al final, no picó. Suavizó sus formas, pero se cerró como una ostra.

—Lo siento mucho. No le puedo facilitar ningún tipo de información. Yo cambiaría la zona de búsqueda. Ese tipo de negocio que usted dice tendría mucha más aceptación en la zona universitaria. No pierda el tiempo aquí y busque por las zonas modernas. Hágame caso. —Y, dicho eso, se dio la vuelta sin decirme ni adiós.

Di un último sorbo a mi Coca-Cola y salí del local. Una vez fuera, disfruté de un calor reconfortante. El hombre del bar era de esas personas que te roban dos o tres décimas de temperatura corporal.

Callejeé un poco más buscando a alguien que pudiera serme útil. Desistí después de un rato sin encontrar ni otro local abierto ni un vecino al que preguntar.

Don Marcelo se iba a hacer de rogar. Cavilaba mientras caminaba por las estrechas y adoquinadas calles peatonales hacia mi despacho, con muchas preguntas por resolver. ¿De quién sería la casa? Si era su familia la que llevaba tantos años cobrando de forma fraudulenta la pensión, parecía lógico que ya la hubieran vendido. ¿Por qué estaba vacía en una zona revalorizada desde hacía muchos años y muy bien cotizada incluso en plena crisis? Consultaría en el catastro. Lo que más me sorprendía era la cantidad de tiempo que podía haberse mantenido el fraude. Ciento doce años registrados. ¿A qué edad habría muerto don Marcelo? ¿A los ochenta, noventa, noventa y cinco? Veinte años de fraude suponiéndole una vida más longeva que la media. Aquella casa no pagaría la devolución de la pensión cobrada durante ese tiempo, los intereses y las sanciones de la Seguridad Social. Iban a ser varios millones de euros en total. Me parecía demasiado tiempo para que el defraudador fuera uno de sus hijos. ¿Qué edad podrían tener? ¿Un nieto? ¿Un fraude hereditario? En cualquier caso, sería una tragedia para esa familia cuando se descubriera. Había muchas posibilidades de que alguno terminara en la cárcel. Por otro lado, no era justo que hubiera desempleados sin derecho a paro, pensionistas que cobraban cuatrocientos euros, familias enteras de refugiados con ayudas de trescientos euros y tantos otros dramas humanos que los fondos de las arcas públicas no alcanzaban a solucionar. Don Marcelo cobraba la pensión máxima, unos dos mil quinientos euros brutos al mes. Según los registros había sido militar, piloto de aviación, y había combatido en la guerra del lado de los ganadores.

La experiencia me decía que las familias que cometían estos fraudes no solían ser las más necesitadas. Al contrario,

eran abogados, funcionarios con conocimientos suficientes para perpetrarlos, personal de los bancos y, en general, gente con una situación económica desahogada a quien le venía bien un dinero extra para esos caprichos que provocaban la envidia de los vecinos. El todoterreno, el viaje a las islas exóticas o los veranos de los niños en el extranjero resultaban más cómodos de pagar. Esa era la razón por la que había decidido dedicarme a destapar fraudes, para que el dinero se destinara a quien más lo necesitaba, si ningún aprovechado sin escrúpulos metía la mano antes de que llegara a su destino. Confiaba en que hubiera otros haciendo su trabajo en el siguiente eslabón de la cadena para que el dinero llegara a las familias que lo necesitaban. Había empleado muchos años de mi vida dando forma legal a productos financieros que rozaban tanto la ilegalidad, que hacerlos pasar por buenos era uno de los trabajos mejor pagados del FiDi, el Distrito Financiero de Nueva York. Era un trabajo muy rentable del que era difícil sentirse orgullosa. Después de eso, había decidido utilizar mi habilidad para retorcer la ley trabajando del lado de los buenos.

Preocupada por cómo habría pasado la noche mi madre, la llamé.

—Hola, mamá, ¿cómo has dormido?

—Regular, hija, regular, toda la noche soñando unas cosas más raras... Me desperté sudando dos o tres veces. Te tengo que dejar porque acaba de venir Regina a buscarme, que hemos quedado con Mari para ir a ver cómo está Evaristo y si Ernesto y Carmina necesitan algo.

—Vale, mamá, llámame luego y me cuentas.

Aprovechando que estaba por la zona, me acerqué a la Casa de los Curas. Era un gran edificio de belleza simple, blanco, con las ventanas bordeadas de piedra local, de un color entre arenoso y gris y cinco plantas de altura, que ocupaba sin llamar la atención una manzana entera. Incluso la puerta, de forja sólida, se escondía a los ojos de quien no la buscara.